

TAL VEZ ERA un fuego, quizá una linterna, aquel temblor rojizo en lo alto de la colina. Si de verdad era una colina la masa oscura que se intuía al este, más negra que la propia oscuridad que la envolvía, fangosa, densa, sin matices. Tendido en el suelo, sobre los codos, Livio miró a su alrededor y escrutó inútilmente la noche; solo los otros sentidos le permitieron advertir la multitud de cuerpos tumbados a su lado en el suelo reseco y polvoriento. Cuando sacó los gemelos y los enfocó de nuevo al este, no quedaba ni rastro del temblor, ni la menor señal del brillo. Quizá se había equivocado o era el único que lo había visto; en todo caso, debía comunicárselo enseguida a las guías, a pesar del enorme cansancio, de que no conseguía ponerse en pie, de la sed, del frío, del hambre.

Sobre él vio una noche de luna nueva y de nubes que ocultaban la luz de las estrellas. Las mismas nubes inmóviles que desde hacía meses y meses, desde que comenzaron el viaje, embadurnaban los días de gris, de colores mortecinos y de un aire espeso y caliente, mientras que las noches se teñían de una

oscuridad sin remedio, gélida y compacta. Se volvió a tender boca arriba y, con la cabeza en el polvo, cerró los ojos. Cinco minutos, se dijo en un susurro, cinco minutos y voy.

Lo primero que encontró al abrirlos fue la melena rizada de una muchachita inclinada sobre él, unos labios resecos y agrietados que lo saludaban.

—Buenos días.

—Buenos días —murmuró.

En ese momento advirtió que mientras tanto había amanecido de veras y que detrás del rostro de la muchacha una agotada línea de luz pintaba ya el cielo sobre los picos.

—Estaba usted gritando y me preocupó —dijo la chica.

Livio asintió y se incorporó sobre los codos. A su alrededor, la gente empezaba a despertarse. Unos daban bostezos, otros se desperezaban y otros caminaban pisando fuerte para ahuyentar el hielo de la noche. El color uniforme del polvo en los cuerpos y las ropas los convertía en un mar ocre movido por olas agitadas, como los rizos que aún tenía delante, como aquellos ojos negros que le preguntaban si todo iba bien.

—Sí, sí, solo ha sido una pesadilla... pero gracias.

—Me llamo Sara —dijo ella, poniéndose de pie.

—Yo soy Livio. Gracias de nuevo.

—¿Ya está bien? Si necesita algo, puede encontrarme cuatro filas más atrás.

La vio alejarse entre la gente, sortear dos niños dormidos y desaparecer por detrás del carro cisterna. En ese momento se acordó de la luz en lo alto de la colina. Se levantó con dificultad, enrolló su esterilla de complex multiestrato, la metió en la mochila y miró a los lados del campamento. ¿Dónde habían

ido a parar las puñeteras guías? Yasmina, Blanca, Selam, Thérèse, Irina... cualquiera de las de su unidad. Continuó la inspección de la zona con la mirada mientras bebía su ración de agua tratando de saborear las gotas hasta el final, pero conservó la barrita del desayuno para más tarde. Cerró la mochila, se la echó a la espalda y se dirigió a los carros de filtrado en busca de las guías, superando los cuatro primeros núcleos, hasta la zona que separaba su unidad de la número quince. Entonces las vio: un corrillo de polvorientos uniformes azules debajo del entoldado del cuerpo de guardia. Estaban discutiendo, pero él no las oía. Cuando quiso acercarse, salió una centinela por detrás de uno de los carros y lo detuvo apuntándole al pecho con una pistola antigua.

—¡Alto, no se pasa! Tienes que volver a la fila.

Livio insistió.

—Traigo un mensaje, es urgente.

—¿Para quién?

—Para una de las guías, una cualquiera de mi unidad... la dieciséis.

—No, no, imposible. Ya te he dicho que te des la vuelta.

No dejaba de apuntarle mientras Livio retrocedía algunos pasos con los brazos en alto, vale, sí, tranquila, me voy, hasta que se dio la vuelta y se marchó, pero lentamente, girándose de cuando en cuando para comprobar lo que ocurría debajo del entoldado. Se detuvo en una joroba del terreno, más o menos en tierra de nadie entre las dos unidades, y se volvió a mirar. Desde allí continuaba viendo a las guías que gesticulaban, a los exploradores que iban y venían con los trajes de camuflaje raídos y a las centinelas que se reagrupaban para luego ocu-

par sus puestos en los flancos de la columna. Algunos protestaban al verlas pasar: ¿por qué no han dado aún la orden?, ¿qué ocurre?, ya tendríamos que estar en camino.

Livio regresó a su puesto, el cuarto de la sexta fila, entre la señora Vargas con su hijo y el viejo Aziz. A los pocos minutos oyeron unas órdenes apresuradas, la columna palpitó como escalofriada y reemprendió la marcha hacia el norte. Debían de ser decenas de millares, un ciempiés de tres kilómetros de longitud que avanzaba lento por una llanura agrietada y sin fin aparente. Bajo sus pies, la tierra se desmenuzaba en un fino polvo amarillento que se levantaba, volvía a caer a su paso y cubría las huellas. Aquí y allá unos bastidores metálicos retorcidos se recortaban como matorrales de zarzas, y la maquinaria agrícola abandonada formaba esculturas angulosas. Con la mano en la nariz, por culpa del hedor, atravesaron campos enteros cubiertos de carroña de animales. Luego, por fin, hallaron un camino. Debía de ser una vieja carretera provincial. Estaba casi tapada por el polvo, pero en el asfalto se caminaba mejor. Las guías indicaron una dirección más al noroeste y pasado el mediodía entraron en un pueblo pequeño. Se llamaba Chignolo, según decía un cartel lleno de óxido y acribillado a balazos.

—¡Alto! —ordenó Yasmina cuando los exploradores le dieron vía libre.

Voces, estremecimientos, pero la columna se detuvo. Livio miró a su alrededor. Delante y detrás solo veía cabezas, brazos, hombros y carros. A sus lados, la carretera principal estaba sembrada de latas vacías y grandes cajas de cartón. Había filas de automóviles abandonados debajo de los plátanos muertos y

tierra, tierra siempre seca, que cubría las carrocerías y los asientos; en los enormes descampados que fueron prados, las hogueras de desperdicios ardían ya sin vigilancia, mientras que unos oscuros regueros de humo vagaban sobre los tejados de las casas. Quién sabe lo que encontrarían en Milán... Puede que las guías evitaran cruzarlo, porque en las ciudades continuaba habiendo bandas dispuestas al asalto. Livio sacudió la cabeza: aquel viaje resultaba una empresa casi desesperada; sin embargo, la única posibilidad era continuar la marcha hacia el norte. Para llegar a Escandinavia, en caso de que consiguieran sobrevivir, necesitarían aún muchos meses, pero ya no tenían elección.

—Parada de una hora —gritaron las guías.

Livio se sentó en el suelo y sacó la barrita del desayuno. Dio sus dos bocados mirando el sol, que centelleaba en el cielo detrás del tenue gris de las nubes y expandía aquella luz gélida y debilitada. Por un momento le dieron ganas de no levantarse, de dejarse morir allí, de convertirse él también en polvo, como tantos de los que habían ido dejando atrás. Pero cuando llegó la orden de marchar, se puso de pie. Miró a su alrededor, le dio una palmadita en el hombro al viejo Aziz y echó a andar una vez más.

YA NADIE RECORDABA con exactitud cuándo había comenzado todo. Quizá porque no había existido un verdadero comienzo, porque se había tratado de una alianza lenta e implacable de acontecimientos imperceptibles, de alteraciones mínimas que, al menos en apariencia, cambiaban poco o nada, hasta que, casi

de golpe, se encontraron con el desastre. Teoría de las catástrofes: una teoría de finales del siglo xx sobre los cambios imprevistos causados en un sistema por ciertas alteraciones pequeñas y sucesivas, como el paso de una larva a mariposa o un nubarrón que se convierte bruscamente en lluvia, pero también la ruina a la que se había precipitado el mundo casi sin darse cuenta.

Livio Delmastro, en cambio, recordaba. Se acordaba perfectamente de cuando, siendo niño, vio la famosa imagen del oso polar atrapado en un trozo de banquisa a la deriva entre los hielos del Ártico que comenzaban a fundirse. El mundo rico se estremeció. Delante de aquella foto, millones de personas con la barriga llena experimentaron miedo, indignación, pánico al apocalipsis que se avecinaba... Y luego, inmediatamente después, se pusieron a pensar en otra cosa. Sí, la historia bien pudo comenzar ahí. Livio conservaba en los oídos las precipitadas discusiones que siguieron, las charlas sobre las bombillas de bajo consumo y la necesidad de utilizar menos el coche que escuchaba continuamente a los adultos y en la televisión. Recordaba haber oído que en el año 2015, en París, ciento noventa y cinco países suscribieron por primera vez un acuerdo global sobre el clima. A muchos les pareció un giro, una auténtica revolución, pero, en realidad, el compromiso de las naciones para reducir las emisiones causantes del efecto invernadero, en sí mismo insuficiente, era solo voluntario. Para colmo, no existía ningún organismo con poder suficiente para hacerlo respetar. Así fue como la revolución acabó en fracaso. Ahora todo el mundo sabía que las advertencias y los acuerdos solo sirvieron para dar a la gente la impresión de que ejercía un cierto control

sobre su destino, pero no bastaban; más aún, eran completamente inútiles. En el fondo, la humanidad continuaba creyendo que podría reparar la fisura del muro sin comprender que tal vez ya era tarde: la hendidura de la pared se estaba agrandando y antes o después el edificio se vendría abajo.

En aquella época Livio era solo un niño. Vivía en Nápoles, cursaba el primer año de bachiller, se volvía loco con la música *wak*, era un fanático de la salud y, como todos sus compañeros, se preocupaba mucho por el ambiente por eso daba la matraca a sus padres para que dejaran de fumar o para que le dieran un dinero que pretendía enviar a una de tantas organizaciones ecologistas empeñadas en salvar a los osos polares o al ornitorrinco. Cuando se matriculó en la universidad, a los dieciocho años, fumaba ya una cajetilla diaria y había comprendido que el problema no se limitaba a los osos polares que atacaban a los delfines o recurrían al canibalismo para no morir de hambre, ni siquiera al hecho de tener que aguantar veranos más cálidos o algún que otro tifón caribeño hasta en las costas de la Europa occidental. Había daños mucho más graves, pero el mundo estaba ocupado con otros problemas, aunque todos, políticos incluidos, se decían ambientalistas, al menos de palabra, porque ser «verde» no costaba casi nada y ganaba votos.

En realidad, solo unos pocos se habían oído la enormidad de lo que acechaba a la vuelta de la esquina. Hasta los expertos de la ONU y los del IPCC, siglas en inglés del Grupo Intergubernamental de Expertos en el Cambio Climático, que habían comenzado a publicar informes regulares sobre la situación del planeta, lanzaban advertencias preocupantes y fijaban límites

insuperables a las emisiones de gases causantes del efecto invernadero, pero fueron incapaces de introducir en sus esquemas la retroalimentación que posiblemente estaba influyendo ya en el clima y subestimaron muchos factores de riesgo. Lo cierto es que aún no sabían calcularlos. Hablaban de reducir en un cincuenta por ciento las emisiones contaminantes, de no superar en la atmósfera las cuatrocientas cincuenta partes por millón de dióxido de carbono y de no sobrepasar los dos grados de aumento de la temperatura mundial, pero solo unos cuantos científicos independientes y aguerridos seguían repitiendo que aquellas medidas eran insuficientes y que se requerían métodos más drásticos para evitar lo peor, si es que aún podía evitarse.

Livio recordaba que en aquella época el debate giraba en torno al llamado «punto de no retorno»: ¿a cuántos grados de aumento de la temperatura media de la Tierra, a cuántas partes por millón de dióxido de carbono en la atmósfera se sobrepasaría ese punto? ¿Y en qué año ocurriría, si el mundo no adoptaba medidas para impedirlo? En la época no se sabía con certeza. Se conocía, eso sí, que una vez superado el umbral, probablemente más de dos o tres grados de incremento de la temperatura media, el calor fundiría los hielos de agua dulce de Groenlandia y del Antártico occidental, lo que produciría un ascenso de los mares y, para colmo, la pérdida de una amplia superficie reflectante que hasta entonces devolvía una parte del calor solar; incluso el permafrost, el territorio eternamente helado en las latitudes más septentrionales, comenzaría a fundirse y a liberar hidrato de metano, un agente calórico veintidós veces peor que el dióxido de carbono, con un efecto

combinado cada día más potente. En ese momento el calentamiento mundial se habría convertido en un proceso capaz de alimentarse a sí mismo: llegaría un día en que los mecanismos disparados por el aumento de la temperatura, por el deshielo de la tundra y la fusión de los casquetes árticos escaparían a toda posibilidad de control y ellos solos volverían a crear el mundo sin el permiso de la humanidad.

Por eso se hizo activista. A los diecinueve años entró en uno de los grupos ambientalistas más radicales y llegó a ser un dirigente provincial del movimiento.

—Pero ¿qué esperas? —le reprochaba su amigo Víctor—. ¿Tú crees que los dirigentes de estos nuevos partidos de mierda están dispuestos a suicidarse políticamente porque tu causa sea justa?

—Es que no solo es justa... —rebatía Livio con la retórica propia de un veinteañero—. Es que va en ello el futuro de la especie humana.

—¡Ah!, valiente especie, cuando uno ve los desastres que hemos causado... Da igual, te lo repito: es inútil que te quiebres la cabeza. Ningún político querrá perder siquiera las próximas elecciones municipales prometiendo que vamos a ser más pobres y que nos obligará a vivir como hace cien años. En cuanto al resto de la humanidad, la que es pobre de verdad, que se joda...

Se conocían desde los bancos del instituto y luego se matricularon juntos en medicina. Livio era sensible, idealista, apasionado; Víctor, socarrón, desconfiado, contreras y hasta un poco cínico. Sin embargo, pese a ser tan distintos, parecía que se necesitaban el uno al otro como las dos caras de una moneda.

Cuando, como ocurría con frecuencia, Livio sufría un ataque de celo ecologista, Víctor se limitaba a sonreír y a soportar con ironía sus largas arengas a los amigos o a rechazar con educación las invitaciones a participar en una manifestación o un desfile de protesta. Sonriendo por debajo del bigote, lo veía acalorarse y explicar a todo aquel que quisiera escucharlo que se hallaban frente a la sexta extinción total sobre la faz de la Tierra, que en pocos decenios había desaparecido casi la mitad de las especies animales y que era de verdad urgente afrontar el cambio climático porque el carbono y sus compuestos arrojaban una larga sombra sobre el futuro, ya que desde el momento en que se dejaran de emitir esos gases al aire el calentamiento del planeta duraría aún muchos siglos. Por si fuera poco, el cambio representaba una amenaza para la democracia, pues si bien daba la impresión de poner en peligro a todos del mismo modo, ricos y pobres, americanos y africanos, en realidad la lista de los países más expuestos se asemejaba mucho, demasiado, a la de los países más pobres. ¿Cómo era posible que Víctor no lo entendiera?

LA VIO DE LEJOS, bajo el sol, caminando junto al primer núcleo, con la metralleta en bandolera, la gorrilla en la cabeza y el uniforme azul ajado y polvoriento. Livio la siguió con la mirada durante más de dos kilómetros y en cuanto ella se dio la vuelta aprovechó para pedirle por señas permiso para hablar con ella. Con la mano, Yasmina le indicó que saliera de la fila. Le resultaba simpático aquel viejo serio y concentrado que no pedía nada, que no se quejaba por nada y echaba una mano a todo el mundo siempre que podía.

—¿Qué ocurre? —preguntó Yasmina cuando Livio llegó a su altura. Ella había aflojado el paso y ahora se encontraban junto al tercer núcleo, a la sombra de uno de los carros de filtrado.

—Anoche —dijo él, un poco jadeante—, anoche me pareció ver luces en lo alto de una colina, aunque puede que me equivoque... Ya ni siquiera sé si estoy vivo...

Ella asintió y le puso una mano en el hombro. Le había ocurrido otra vez en Nápoles, donde Livio sintió de nuevo un estremecimiento, un escalofrío placentero. ¿Cuánto hacía que había aprendido que todas las sensaciones se debían a la dopamina, la serotonina y la oxitocina? ¿Que se trataba únicamente de reacciones químicas y físicas de su cerebro? Desde entonces había pasado mucho tiempo. Por lo demás, ¿cambiaba algo el hecho de conocer en profundidad las reacciones de sus neuronas y los motivos por los que aquel contacto le resultaba agradable?

—Sí, lo sabemos —murmuró Yasmina, cuidando de que nadie la oyera—. Ya hemos enviado exploradores por ahí, pero no han visto nada. Será uno de esos fenómenos raros que produce el efecto invernadero... En todo caso, te lo ruego, mantén los ojos abiertos y la boca cerrada. Ahora regresa a tu puesto. Ya nos veremos.

Mientras volvía a cruzar su fila, Livio la vio apretar el paso y recuperar su puesto junto al primer núcleo. Una mancha azabache brilló al sol cuando Yasmina se arregló el pelo por debajo de la gorrilla.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —le preguntó la señora Vargas. Era flaca como una escoba, llevaba muy corto el cabello negro y tenía una voz ansiosa, como febril.

—No, nada... solo quería preguntar cuándo pensaban llegar al lago...

—¿Y qué le han dicho?

—Que esperan llegar pronto.

Hacía ya tres días que las excavadoras habían perforado el lecho de lo que quedaba del Po y las reservas de agua disminuían drásticamente. Ahora subían el antiguo curso del Lambro, aunque no quedaba rastro del río. Las pendientes de barro, secas desde hacía tiempo, formaban una serie de dunas bajas con las crestas amarillentas por el calor. Las únicas plantas capaces de sobrevivir eran unos monstruos que almacenaban agua, cisternas vivientes como los cactus y las pitas, que ellos aprovechaban para extraer el precioso líquido, o bien algún arbusto raro parecido al acebo.

Pasaron por debajo de un puente derruido que debía de ser el de la autopista; luego, unos cuantos kilómetros más allá, encontraron otro, este de ladrillo y con los arcos rebajados, intacto. A la izquierda, al otro lado de la orilla, entre las columnas de humo que ascendían desde las casas desmanteladas, se entreveía un campanario barroco.

—Es Lodi, es Lodi.

En cuanto se corrió la voz, las centinelas apuntaron sus fusiles a las orillas y los pretiles en previsión de posibles ataques.

Superado el puente, la columna dobló un poco hacia el norte. Atravesaban campos polvorientos, adornados por el encaje del Adda y sus meandros, que formaban profundas depresiones secas en el terreno. Enredado a la sombra de las pendientes orientadas al norte, resistía algún matorral bajo que se incendiaba aquí y allá por autocombustión. De vez en cuando

cruzaban casas de labor y naves industriales destruidas; entonces los exploradores se apartaban de la columna para investigarlos.

—Pero ¿cuándo nos detenemos? —se quejó Miguel, el hijo de la Vargas.

—Enseguida, estate tranquilo —lo consoló Aziz, que era un antiguo teniente del ejército, práctico y resolutivo—. Esperamos llegar a una zona más segura.

Tardaron una hora y media en encontrarla. Aún hacía calor. El cielo se había teñido del rojo verduzco del ocaso y la luz parecía recién exhumada. Era una luz lenta, llena de grumos, de impurezas, que llegaba hasta ellos superando capas y capas de gas y de polvillo. Cuando finalmente Yasmina dio el alto, Livio se apartó de la columna. Tenía los labios agrietados y los músculos entumecidos y le picaba la garganta. A pesar del calor se sentía extrañamente aterido, como si estuviera incubando una gripe. Aun así, fue uno de los primeros en llegar al carro de filtrado. La orina fluyó lenta, densa y oscura mientras desaparecía tragada por el embudo. Luego vino la hora de las colas: para la letrina, para el agua, para la comida; núcleo por núcleo, fila tras fila. Sin descansar nunca. Después de cenar, vuelta al trabajo. Todo aquel que supiera emplear las manos se ocupaba del mantenimiento de carros y máquinas; los demás, acompañados por las centinelas, se dispersaban para recoger leña o hierbas comestibles, capturar roedores e insectos que pudieran comerse y buscar sifones naturales en los que hubiera quedado atrapada un poco de agua. A Livio, en cambio, le tocaba dar clase a los niños de toda la unidad.

Estaba casi oscuro cuando al fin se dispusieron en círculo y encendieron las pantallas. No hacía aire. Al oeste se concentraba una neblina baja estriada de amarillo; al este, sobre el mar que había inundado la llanura, dominaba un azul frío que estaba volviéndose negro; al norte, a lo lejos, se entreveían los primeros contrafuertes de los Alpes. De pie, en medio de una treintena de estudiantes, Livio se acarició la barba y sonrió.

—Esta noche, matemáticas. Y sois afortunados, porque al fin ha llegado el momento de descubrir las maravillas de las integrales y las derivadas...

Acababa de decirlo cuando llegó Sara. Hizo un gesto de disculpa con los ojos y se agachó entre Duna y Andrés. Detrás de ella había quedado de pie una sombra, un rostro que poco a poco se dibujó a la luz mortecina.

—¡Ah!, Livio, esta es mi madre, dice que...

—Sí, profesor... Soy Marta de Vico, antigua alumna suya, ¿me recuerda?

No, Livio no la recordaba, pero hizo un esfuerzo por asentir sonriendo.

—Sí, claro, Marta, ¿cómo está?

—Pasablemente, considerando la situación.

Marta había respondido abriendo los brazos para indicar lo que la rodeaba. De unos cuarenta años, era alta y delgada y tenía el cabello rizado, igual que su hija. Los labios intentaban sonreír, pero el rostro oponía resistencia.

—Solo quería saludarle y decir que estoy aquí. Ahora le dejo con sus clases. Hasta pronto, espero.

—Sí, claro, hasta pronto.

Durante unos segundos, Livio la vio regresar a su fila pensando en el transcurso del tiempo, en la memoria que lo traicionaba, en la vida que no volvería a vivir. Luego se sacudió el triste pensamiento como un perro que se sacude el agua del pelaje y volvió a sus alumnos.

—Bien, empecemos... ¿Os acordáis de lo que era una función?

Sobre ellos, el cielo se cerró como un puño, negro y gélido. Aparte de las luces que despedían las pantallas de los chicos, no había más que una oscuridad pegajosa, pero, por debajo del rumor de voces de la columna y de los crujidos de los carros de servicio al colocarse en sus puestos, se oía la noche que avanzaba, que murmuraba amenazadora como una plegaria.

—LA VERDAD ES QUE no sabes vivir sin un apocalipsis en el horizonte... En el fondo, ese terrible destino que promete el cambio climático te gusta, te hace vibrar... La hecatombe te atrae... —lo picaba Víctor.

En su grupo de amigos, los debates sobre el calentamiento del planeta duraron todo lo que duró la universidad. Víctor le daba la razón en pocas ocasiones; a veces estaba de acuerdo con el análisis de la situación, nunca con las posibles soluciones. Por lo general, le tomaba el pelo, dando donde más le dolía, o le soltaba que el ambientalismo era un lujo de ricos:

—Fíjate en todas esas señoras bien que se gastan una fortuna en comida biológica y orgánica... Si se produjeran así todos los alimentos, con esa cantidad de tierra, de agua y de recursos, aumentaría enormemente la cantidad de gente que

padece hambre. ¡Muy bonito!, para que poquísima gente coma sin contaminantes químicos se utilizan tierras que podrían producir muchos más alimentos destinados a quien de verdad los necesita. ¿Es esa tu ecología?

Livio rebatía, explicaba, se cabreaba, exponía datos y le repetía que muchos científicos estaban convencidos de que las estimaciones del IPCC eran demasiado optimistas, porque dejaban fuera un montón de procesos realmente significativos y peligrosos. No era solo el aumento de los dos grados y la subida de los mares en unos cuantos centímetros... Por ejemplo, James Hansen y Dennis Bushnell, de la NASA, o el Departamento de Ciencias de la Tierra de Oxford, preveían para el año 2100 un aumento de entre seis y doce grados de la temperatura media del planeta y una subida del nivel del mar de doce a ochenta metros. Además, en ese momento muchos océanos carecerían de oxígeno, serían extremadamente ácidos y habrían destruido la capa de ozono, circunstancia que dificultaría la respiración.

—Ochenta metros. ¿Te das cuenta? Y mientras tanto tú te limitas a criticar a quien intenta hacer algo y lo miras con ese gesto tuyo de estar oliendo mal.

Al final, le decía, no había ninguna diferencia entre la gente como Víctor y los pocos científicos que insistían en que la humanidad no era culpable del cambio climático, en que se trataba de un ciclo normal de la naturaleza...

Era rarísimo que acabaran poniéndose de acuerdo. No obstante, aunque apasionado y terco, Livio era demasiado inteligente para no darse cuenta de que, después de tantos años de discursos, manifestaciones, congresos y sentadas, el mundo

no estaba en condiciones de dar ni un solo paso en la buena dirección. Las investigaciones de las nuevas fuentes de energía recibían una financiación escasa; en cuanto a la reducción de las emisiones de dióxido de carbono, se producía a un ritmo lento, mucho más lento de lo debido. En suma, ningún líder del mundo había hecho aún nada concreto ni verdaderamente eficaz; en muchos casos porque, inmersos en sus peloterías, no advertían a qué velocidad cambiaba la situación; en otros porque preferían atenerse a los únicos datos del cambio climático generalmente aceptados, es decir, a los datos del IPCC.

Así, harto de tanta charlatanería, de tantos intentos frustrados de empujar a los políticos a tomar alguna iniciativa seria, Livio acabó por admitir, sin decírselo, que tal vez Víctor no se equivocaba del todo. Poco a poco, sin descuidar por completo sus antiguos intereses, decidió pensar también en sí mismo y en su futuro y se puso a estudiar con ganas. Por otra parte, la suerte del planeta azotado por el calentamiento ya no lo apasionaba tanto como los mecanismos del cerebro humano. Adentrarse en aquellos misterios, desentrañar las intrincadas relaciones de las neuronas, abrir caminos nunca explorados para comprender el funcionamiento de la maravillosa «máquina de futuro» que se esconde dentro del cráneo compensaba todos los esfuerzos y casi todos los sacrificios.

Pero una noche, Livio y Víctor riñeron en serio. Celebraban en una cervecería que aquella mañana tres de ellos habían aprobado el examen de química orgánica. Se habían quitado un buen peso de encima, pero también era una noche especial para Livio por otro motivo: había conseguido que la hermana de Giulio invitara a su amiga Angela. Aquella rubita espabila-

da, de culo espectacular, le gustaba de verdad, y deseaba impresionarla. Por eso se esforzaba en parecer simpático y brillante a toda costa, el hombre más ingenioso, inteligente, culto, complejo y misterioso de la Tierra, sin dejar de lanzarle unas miradas que pretendían ser fatales. Pero era probable que Víctor también estuviera interesado en ella, porque comenzó a picarle con saña y acabó provocándolo abiertamente. Al final, ya un poco pasados de cerveza, lo acusó de ser un reaccionario como todos sus amigos ambientalistas: lo cierto era que temía los cambios, que pretendía detener el tiempo en el pasado y congelar la evolución.

—Y esa, te pongas como te pongas, es una idea conservadora —le dijo con desprecio—. Una idea que la izquierda comparte tranquilamente con la derecha, solo que la aplica a otros objetivos. Si los hombres de la prehistoria hubieran tenido tus ideas, viviríamos todavía en las cavernas.

Normalmente, Livio lo habría dejado estar y habría zanjado allí una discusión demasiadas veces repetida. Pero aquella noche estaba Angela. Gesticuló, replicó con vehemencia e incluso sacó a colación a Camus y a Hannah Arendt. Le dijo que si ocuparse de la conservación del mundo equivalía a ser conservador, entonces sí, de acuerdo, él lo era... Podía llamarlo como le viniera en gana. Ahora bien, Víctor apuntaba a cosas de hacía cien años, cuando el mundo era inmóvil y los conservadores querían que continuara tal cual.

—Pero hoy el cambio —gritó por encima de la música, mientras Giulio y Carmen se besuqueaban al fondo de la mesa—, cualquier cambio, se ha convertido en nuestra religión. No importa adónde conduzca, basta con moverse, con «progresar»...

—Y eso qué tiene que ver —interrumpió Víctor.

—Claro que tiene que ver. No aguanto a la gente como tú, que quiere cambiar las cosas por cambiarlas. ¿El progreso? Vamos, hombre, no me hagas reír... Vosotros sois los verdaderos conservadores; los revolucionarios somos nosotros, porque la única revolución posible es impedir la destrucción del mundo. Antes que nada hay que conservar lo esencial.

Acabado su parlamento, Livio miró con orgullo a Angela y sonrió, convencido de haber tumbado al adversario, de haber ganado la partida. Pero Víctor reaccionó muy mal.

—Eres un pobre tonto —le gritó—, un idiota que trabaja sin saberlo para las multinacionales que privatizan el agua, para los grandes manipuladores, para los amos del mundo que acaparan los millones del negocio ecológico...

A Livio se le nubló la vista. Le soltó un puñetazo en la nariz y se marchó. Al diablo, él y la rubita. Estuvieron sin hablarse casi seis meses, como dos barcos a la deriva en la oscuridad. Víctor y Angela empezaron a salir y se dejaron a los quince días. Cuando lo supo, Livio se metió en el cuarto de baño y vomitó. En noviembre hizo las paces con Víctor. Quería cerrar definitivamente aquel malogrado capítulo de su vida.

DEJARON MILÁN A LA izquierda para evitar cruzarlo. Al amanecer dos compañías de exploradores habían entrado por el este, atravesando las pistas destruidas del aeropuerto de Linate y un amplio calvero que en los mapas antiguos resultó haber sido un parque. En lo que la planta indicaba como via Argonne ya habían oído disparos aislados y ráfagas de ametralladora

a lo lejos; en piazza Susa vieron tres ahorcados que colgaban de un castaño seco; a los lados de corso Indipendenza, entre los esqueletos de las casas abandonadas, ardía una pila de cadáveres. Decidieron que no estaba el horno para bollos. Mejor no correr riesgos, aunque fuera a costa de quedarse en las últimas con las reservas de agua. Así, la columna se dirigió a Segrate, Cologno, Monza, Desio y Cantù, mientras la llanura árida y apagada daba paso a las colinas. Dos días después, a primera hora de la tarde, llegaron a Como.

Allí la situación era más tranquila. Mucha gente sobrevivía mal que bien, pero no se advertían signos de violencia. Los acogieron con desconfianza aunque sin abierta hostilidad. Las mujeres, los hombres y los escasos niños los miraban desde las ventanas sin cristales o se detenían en el bordillo de las aceras para verlos desfilar, sin decir una palabra, andrajosos, flacos, con los ojos como dos rayas finas ribeteadas de rojo.

Recorriendo la orilla del lago, Livio sacó los prismáticos y vio frente a sí la costa escarpada y ahora carente de bosques, los pueblecitos abandonados en la montaña yerma, las escalinatas que antes conducían a la ribera, las ruinas saqueadas de las antiguas villas señoriales y, en lo alto, las dolomías de rocas dentadas, llenas de agujas y de torres. Abajo, más allá del pretil de lo que fue la orilla del lago, distinguió una pendiente espectral hundida entre los Prealpes. Un kilómetro más allá, a una profundidad de unos cien metros, había una extensión de fango marrón. Un declive muy pronunciado, cubierto de carroña de aves y peces, la rodeaba como la playa de una pesadilla. Pero al fondo había agua. Y en una cantidad que no veían desde hacía tiempo. Los fondos antiguos debían de ha-

llarse en una criptodepresión, una fosa continental por debajo del nivel del mar.

Un largo murmullo recorrió la columna. Aziz sonreía, Miguel daba saltos como un loco y hasta la señora Vargas tenía una voz menos ansiosa.

—Ahora nos detendremos, ¿verdad? —dijo.

Livio asintió, oteando hacia la cabeza de la unidad y buscando con la mirada a Yasmina. No la vio. Se giró hacia Sara y Marta. Cuando las localizó, sonrió y ellas le respondieron agitando una mano. Luego se concentraron de nuevo en la carretera.

Acamparon al sur de San Giorgio, pasadas las últimas casas, al pie del Monte della Croce. Todas las unidades se colocaron en círculo, con las centinelas y las guías en el exterior por razones de seguridad, mientras los encargados del agua, acompañados de las escoltas, bajaban al fondo del lago con las baterías solares, los carros de filtrado y las bombas de agua. Pasarían allí la noche y al amanecer empezarían a trabajar. Livio y los demás, después de las colas del agua y la comida, hicieron lo de siempre.

Aquella noche Sara volvió a presentarse en clase acompañada de su madre. Pero esa vez Marta se quedó por allí cerca, en silencio, fuera del círculo que habían formado los niños mayores. Aunque estaban cansados y sucios, salvo alguno que no podía mantener los ojos abiertos o algún otro que dibujaba círculos en la arena, todos escuchaban con atención a Livio, que hablaba del periodo barroco, de Caravaggio y de Velázquez, de Góngora y de Quevedo, de Borromini y del caballero Bernini, de Gabrieli y de Monteverdi, de Galileo y de Kepler... Qué importaba

que algunos de aquellos cuadros se hubieran destruido, que de la fuente de Bernini, como de la propia piazza Navona, no quedara ni rastro, que ahora una parte de aquella música y de aquellos textos se conservara solo en alguna memoria electrónica de Nuuk, de Ushuaia y de Reikiavik, lo que dificultaba mucho hacerse con una copia como no fuera trasladándose físicamente allí y para colmo con los bolsillos cargados de dinero. Puede que alguno de los niños que se mostraban encantados de escucharlo, tal vez ese que ahora lo miraba con un brillo conmovedor en los ojos, lo consiguiera alguna vez. En todo caso, Livio sí había visto los cuadros, había oído la música, había leído los poemas y había estudiado la influencia de las elipsis de Kepler en el imaginario político y artístico de la época. Conservaba aún buena memoria y pensaba que incluso en pleno desastre convenía comunicar esos conocimientos para que no todo se perdiera. Sus colegas de las otras unidades solían limitarse a enseñar matemáticas, física, química y biología, pero él, igual que había hecho en sus años de profesor, se empeñaba en mezclar arte y ciencia, filosofía y física, poesía y química...

—Felicidades, profesor. Si hubiera vivido en la antigua Grecia, usted habría sido uno de aquellos grandes filósofos naturales...

Marta se le había acercado sonriendo cuando los niños se levantaron y echaron a correr. La temperatura era un poco más suave y en el aire flotaba un mínimo de humedad, entre otros motivos por la cercanía de las montañas. Las fosas nasales absorbían con avidez el imperceptible vapor.

—Sus clases son incluso mejores que en mi época. Se han hecho más fascinantes...

—Se lo agradezco, pero no creo merecer tantos elogios —quiso evadirse él, sentándose en el suelo. Estaba cansado, y los huesos y los tendones ya no le respondían como antes. Hizo un ademán a la mujer para que se situara junto a él y miró el cielo del atardecer, que enviaba resplandores escarlatas, violetas y verdes por detrás de los picos que los rodeaban—. Es más —añadió al poco tiempo dirigiéndose a Marta—, si quiere que le diga la verdad, me parece que lo que hago es del todo inútil... El noventa por ciento de las personas con las que viajamos no sabe nada de la existencia de la antigua Grecia y del barroco. ¿Tiene sentido ahora lograr que estos niños recuperen lo perdido? ¿Para qué les sirve en este mundo? No dejo de preguntármelo...

Livio sacudió la cabeza y se alisó la barba. Del lago que tenían enfrente subía una ligera neblina que llevaban tiempo sin ver. Hermosa, qué duda cabía, por su rara forma de matizar el paisaje y darle un aire surreal, aunque en el fondo era más agua evaporada, vapor acuoso que aumentaría a su vez el efecto invernal. Un círculo infernal, escarnecedor, en el que los condenados eran ellos.

—Mal no les hará saber de Caravaggio y de Gabrieli —dijo Marta, sonriendo—. Al fin y al cabo, peor de lo que viven ya... es difícil —Hizo una pausa breve, luego se dio una palmada en las rodillas y se levantó—. Ahora tengo que irme, disculpe... Mañana nos vemos, que duerma bien.

—Sí, hasta mañana. Buenas noches.

Todavía en cuchillas, Livio abrió la mochila y sacó la esterilla. Apretó el botón y se quedó mirando cómo se desplegaba. Había oscurecido ya, podría echarse a dormir. Se tumbó con

cuidado en el complex y cerró los ojos, pero algo que lo obligaba a dar vueltas a los pensamientos le impedía conciliar el sueño. Poco a poco fue identificando la carcoma que lo incomodiaba, que lo oprimía por dentro, todavía vaga e indefinida, sin forma alguna: era culpa de los niños. Bastaba su sola presencia allí para recordarle que era un viejo. En realidad, le daban miedo. Intentaba aniquilarlos con sus conocimientos, someterlos, para quitárselos de encima y enviarlos al pasado, luchar contra el tiempo que se lo había comido vivo a él, lentamente, hiriéndolo sin acabar nunca del todo. Ahora estaba harto. Cualquier cosa sería mejor que aquella larguísima agonía. Marcharse sería ya la mejor solución, pero había que estar atento, con los sentidos alerta. Cuando te vas a morir y lo sabes y te mantienes al acecho, dicen que la muerte duele menos.

UNOS AÑOS MÁS tarde, aunque ya no era un militante activo del movimiento ambientalista, Livio continuaba pensando que había que ser sordo y ciego para no advertir que quizá los límites fijados por los expertos del IPCC, en la práctica, estaban alcanzados y superados. Si en Europa y Norteamérica habían conseguido reducir un poco las emisiones de dióxido de carbono, las de China, Rusia, India y Brasil continuaban aumentando. La temperatura media del planeta, decían los estudios que Livio, pese a todo, seguía consultando, se había elevado dos grados respecto a la de 1990, lo que significaba que en tierra firme los aumentos eran mucho mayores. Durante dos decenios, los océanos enmascararon un poco la gravedad de la situación, pero luego devolvieron los daños con intereses.

¿Las consecuencias? Oleadas migratorias cada vez más violentas procedentes de África, donde avanzaba la desertización y la agricultura se hacía muchas veces impracticable debido a la escasez de recursos hídricos y a la salinización del suelo, agravada por la rápida evaporación del agua de los campos irrigados. La acidez de los mares alcanzaba valores alarmantes, al tiempo que subía su nivel, aunque de momento solo unos veinte centímetros, dado que los glaciares de Groenlandia se retiraban y el hielo del Ártico desaparecía regularmente cuatro meses al año. Para remate, era probable que la tan temida retroalimentación estuviera ya en marcha: la atmósfera comenzaba a recibir toneladas de hidrato de metano porque el permafrost de Canadá, Siberia y Alaska se fundía poco a poco y ponía en marcha un proceso que aumentaba el efecto invernadero y parecía imposible de frenar. ¿Se había superado el famoso punto de no retorno? Imposible decirlo con certeza. Pero mientras tanto muchos estados de la franja tropical y subtropical se hallaban al borde del colapso y el conflicto entre las naciones crecía de un modo alarmante, lo que acababa con la esperanza de una colaboración internacional capaz de frenar el desastre.

En todo el mundo, los acontecimientos meteorológicos extremos producían destrozos imprevistos. Si Livio ponía en fila las noticias que leía en los periódicos o escuchaba en la televisión, el panorama resultaba desolador: las olas de calor asesinas no solo afectaban a California, donde la sequía y los incendios había destruido decenas de miles de empleos en la agricultura y donde la gente había empezado a emigrar, porque también en la zona suroriental de Estados Unidos, que por lo general disfrutaba de un clima húmedo, se prohibían los riegos, se

marchitaban las cosechas y estallaban las disputas por el agua entre los estados. Hacía veinte años que México era rehén de la sequía. Las temperaturas excepcionales aridecían Brasil, Argentina, Australia, Turquía, Ucrania, el África occidental y el Oriente Próximo. Se enviaban regularmente ayudas de comida a Lesoto, Suazilandia, Zimbabue, Mauritania y Moldavia. Decenas de miles de huidos de los países ya desertificados solicitaban el estatus de «refugiados climáticos», pero las naciones ricas se ponían a la defensiva y se negaban a darles acogida y a aceptar la nueva definición jurídica. En Italia, como en España y en Grecia, los inviernos eran increíblemente suaves; los veranos, sofocantes y abrasadores. Pero al mismo tiempo, unas lluvias violentas, auténticas «bombas de agua», descargaban en Liguria, Lombardía o Apulia, lo que provocaba desbordamientos de ríos y desastrosas inundaciones, mientras que en más de una ocasión el Véneto y la Toscana se veían azotados por huracanes y tornados. De cuando en cuando, la elevación de los mares y las oleadas de borrascas producían inundaciones en ciudades portuarias como Nueva York, Róterdam, Bombay y Shanghái. Hasta que le tocó a Nápoles.

Un temporal sin precedentes que arreciaba justo en la dirección contraria y una rarísima marea equinoccial sumaron sus efectos para empujar hacia la ciudad miles de toneladas de agua, circunstancia que sumergió la práctica totalidad del puerto, vía Marina, vía Caracciolo, la Riviera de Chiaia y Mergellina. Los muertos en la ciudad fueron casi cuatrocientos más los ciento doce de un crucero atracado en el muelle y destruido por la furia de la marejada. Hubo que evacuar a unas

cien mil personas. El agua inundó el metro y las instalaciones químicas de la zona oriental, casas y edificios quedaron devastados, y cuando se retiró la marea, miles de voluntarios se pusieron manos a la obra para salvar lo salvable. Livio fue uno de los primeros en acudir. Entonces conoció a Leila.

DE SU AGRESOR veía con toda claridad las ropas desgarradas, la correa del fusil en bandolera, el cuchillo que le brillaba en la mano derecha. En cambio, por mucho que se esforzara, el rostro, confuso e indescifrable, quedaba como en sombras. Cuando sintió que el cuchillo se le hundía entre las costillas una, dos, tres veces, Livio dio un respingo y achicó los ojos. A la luz polvorienta distinguió dos piernas y la punta de una bota que le daba pataditas en el costado.

—Vale, vale, estoy despierto.

Se levantó a duras penas, parpadeando, y reconoció el uniforme azul de Irina, una de las guías. Era alta y rubia y tenía los ojos grises y el cutis claro de las esclavas. El sol y el calor le habían causado una fea erupción cutánea en la cara y los brazos.

—Dice Yasmina que te presentes enseguida en el comando.

—¿Yo? ¿Por qué? Ni siquiera he desayunado, ni he bebido mi ración de agua...

—Te la darán allí. Vamos, date prisa.

Livio se pasó el anular y el meñique por la frente, se puso de pie, enrolló la esterilla, la metió en la mochila y siguió a Irina entre la gente, que comenzaba sus actividades. Se había despertado bilioso, enfadado, y la apresurada caminata hasta

el entoldado del cuerpo de guardia no mejoró su humor. De detrás de uno de los carros apareció la consabida centinela, pero cuando reconoció a Irina bajó enseguida la pistola.

—Os esperan —dijo.

Yasmina comenzó a hablar en cuanto lo vio. Debajo del entoldado, además de las guías y de algún explorador, había unas veinte personas de distintas unidades. Casi todas mujeres, claro.

—Se os ha elegido para que vayáis junto con tres de nosotras a negociar con los suizos. Para permitirnos pasar por su corredor humanitario, quieren estar seguros de que somos una columna de civiles, aunque vaya protegida por personas armadas. Nunca han visto tantos emigrantes juntos, así que se mostrarán desconfiados y recelosos. Si alguien os hace preguntas raras, responded con decisión, pero diciendo la verdad. ¿Queda claro?

Asintieron todos excepto una muchacha de rasgos sudamericanos.

—Pero ¿no podremos coger el camino del San Bernardo?

Yasmina suspiró un poco molesta.

—Mercedes —resopló—, tendríamos los mismos problemas en el Spluga, en la otra frontera suiza. Además, pasando por esta parte, podremos contar con algunas reservas de agua del lago de Lugano. ¿Más preguntas?

Lo preguntó por preguntar, porque estaba claro que no quería más molestias. Sin embargo, al ver que la delegación se ponía en marcha, Livio no pudo contenerse.

—¿Y mi ración de agua?

Nadie le respondió. Se dirigieron a la frontera, bordeando la antigua autopista. En cabeza del grupo, con sus uniformes

azules, iban Yasmina, Úrsula y Rocío, la responsable de toda la columna. Detrás, las chicas, y en la cola, refunfuñando, Livio y Nuno, el otro hombre de la compañía.

—Coño de prisa... ni tiempo para mear me han dejado —se lamentaba Nuno.

—¿A quién se lo dices? Yo también me estoy meando, y tengo hambre y sed...

El sol pegaba ya fuerte sobre sus cabezas y los envolvía en una luz sanguinolenta que, apostada en los restos de las ventanas y en las casas destripadas, parecía acosarlos. Por suerte no tuvieron que caminar mucho. Vieron de lejos el fuerte cercano de la frontera, salpicado de cámaras con células poliméricas solares e interrumpido por dos grandes casamatas de cemento por las que asomaban varias ametralladoras y lanzagranadas. A su espalda, estacionados y amenazadores, dos carros armados y una camioneta. Quién sabe dónde encontraban el combustible aquellos malditos o qué demonios utilizaban para moverlos...

La mayor parte de los suizos ya se había retirado a las montañas, a más de mil quinientos metros de altitud, donde las temperaturas se soportaban mejor, de modo que los valles estaban casi despoblados. A esa altura habían detenido todos los ríos, los lagos y los arroyos en enormes contenedores subterráneos, perfectamente aislados desde el punto de vista térmico para evitar la evaporación, de modo que conseguían aprovisionarse de agua sin grandes esfuerzos. Aunque los espacios de su famosa democracia estaban mermados, sus instituciones no se habían disgregado y continuaban organizadísimos. Años antes, cuando se formó la Unión Europea del Norte, que aban-

donó a su suerte a los países mediterráneos y estableció sus fronteras siguiendo las del sur de Alemania, la presión de los emigrantes había obligado a los helvéticos a establecer un corredor humanitario que, a través de Chiasso, Bellinzona y el cantón de San Gallo, conducía al antiguo territorio de Liechtenstein y al lago de Constanza. A partir de ahí, que se las apañaran los alemanes... Por suerte, el corredor continuaba abierto incluso ahora, cuando, después de la desertización de Francia y del centro de Alemania y el hundimiento casi total de Holanda, la Unión del Norte había retraído sus fronteras hasta el Skagerrak y el mar Báltico. Desde allí todavía se podía pasar con un mínimo de seguridad, evitando las bandas de saqueadores emboscados en los Alpes. Y ellos, si querían conservar un poco de esperanza, debían obtener a toda costa el permiso de tránsito.

Una voz rasposa los detuvo a unos cincuenta metros de la frontera.

—¡Alto!

De la casamata no salió nadie. La jefa del puesto debía de estar observándolos desde dentro. Solo oyeron que los interrogaba por un altavoz: cuántos eran, de dónde venían, qué estaban dispuestos a ofrecer a cambio del derecho de paso... Era una voz serena, neutra, pero dio la impresión de ponerse nerviosa cuando no supieron concretar su número con exactitud.

—¿Cómo es posible que no sepáis ni siquiera cuántos sois?

—Muchos han muerto por el camino —respondió Rocío—, no es fácil llevar la cuenta exacta...

Un silencio maligno como un puñetazo invadió el aire; parecía un polvo fino, casi invisible. Estuvieron un minuto o dos

con los ojos clavados en las ametralladoras de las casamatas, mientras que el calor, las montañas áridas y el cielo sin una nube formaban una pasta densa que se pegaba a todos y cada uno de sus gestos. Entonces alguien estalló al final del grupo. Era Livio.

—Pero bueno, ya está bien... Venid vosotros a contarnos, si queréis.

Yasmina, Úrsula y Rocío se envararon, dispuestas a recurrir a las armas, pero en aquel momento la voz comenzó a raspar por el altavoz.

—Está bien, de acuerdo, os contaremos nosotros cuando paséis... Si luego, durante el recorrido, hubiera muertos, enfermos graves o algún herido, nos lo comunicáis de inmediato. Os conviene: entran tantos, salen tantos. No queremos ni colados ni clandestinos. Ahora veamos el tipo de divisas: aceptamos rublos, dólares canadienses y coronas escandinavas.

Suizos al fin y al cabo. Pasados tres cuartos de hora de negociación, se pusieron de acuerdo en doscientas coronas por persona y quinientas raciones de alimentos.

—Vendrá a entregárnoslas aquel señor mayor que está al final del grupo —ordenó la voz—. A partir de mañana, tenéis tres semanas para abandonar nuestro territorio. Ahora podéis marcharos.

*Stop.* Fin de la transmisión. Retomaron en silencio la carretera en dirección al campo; las caras quemadas por el sol, los labios agrietados, la piel ardiente de sudor, los ojos oscuros como la tinta, las guías siempre en cabeza y Livio renqueando detrás.

—¿Entonces me dejáis mear o no? —gritó.

—Cuando llegemos a los carros de filtrado —respondió Úrsula—. Acuérdate, no se tira nada.

EN LA PENUMBRA, con el barro hasta las rodillas, la vio en una tienda de la piazza Mercato. Junto a Víctor, Livio sacaba unos sacos de semillas para ponerlos a secar, y Leila estaba subida a una estantería comprobando el contenido de un par de cajas grandes. Un rayo de luz sucia y fumosa que se filtró por la lumbrera le iluminó el rostro: era toda pómulos, brillo de ojos, cabellos negros y cansancio, pero a Livio aquel rostro le pareció asombrosamente abierto e incapaz de segundas intenciones. En cuanto se libró de los sacos, se pasó varias veces el anular y el meñique por la frente, como hacia siempre que algo lo turbaba, y volvió dentro, hundiendo las botas de goma en el barro.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó.

Una larga tabla arrastrada por el agua, situada de canto, apretaba las cajas e impedía que Leila llegara hasta ellas.

—¿A ti qué te parece? —murmuró ella, jadeando por el esfuerzo.

Fue un miércoles. El sábado, en el espectáculo de una compañía argelina, Livio alargó furtivamente el brazo sobre el respaldo del asiento y le puso una mano en el hombro. Ella no apartó la vista del escenario. Después del descanso, cuando las luces se apagaron de nuevo, se giró con torpeza y la besó. Ella le hundió la mano en el pelo de la nuca y le dio un tirón que le hizo daño. A la salida brillaba en el cielo una enorme luna llena amarillenta y cenagosa. Tomaron la línea central del fu-

nicular y se apearon en el Petraio. El barrio se hallaba envuelto en penumbra, porque, a causa del racionamiento energético, solo se encendía una farola de cada tres. Él la acompañó a casa cogida de la mano. En el portal volvió a besarla y la miró fijamente.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

Leila notó sobre sí la mirada y se abandonó a ella. Sacudió un poco la cabeza, como si sus pensamientos no valieran un céntimo.

—Nunca me hagas daño —susurró antes de despedirse con otro beso.

Desde entonces se hicieron inseparables. Leila era hija de unos refugiados sirios que desembarcaron en Italia durante su primera guerra civil. Llegaron en una barcaza cuando todavía la Marina italiana recogía a los desesperados antes de que se ahogaran. Leila tenía cuatro años y su hermano Ahmed seis. Habían vivido un año y medio en un miserable campo de acogida, donde la madre enfermó de gravedad. Luego, por fin, aceptaron su petición de asilo político y la familia comenzó a rehacer su vida. Un pariente lejano los acogió en Nápoles, y Baasim, el padre, consiguió abrir una tienda de comestibles en el Vomero. Todo parecía que marchaba mejor cuando la madre murió por las secuelas de la infección contraída en el centro de acogida. Ahmed se puso a ayudar al padre en la tienda y Leila se matriculó en la universidad, donde estudiaba física. Ninguno de ellos, salvo tal vez Baasim, sentía mucha nostalgia de Damasco o de lo que quedara de ella. Era una familia cordial y alegre, a la que Livio aprendió a querer muy pronto, aun cuando no se encontrara a gusto con las ideas islámicas del padre, y eso

que eran moderadas. Pero había que adaptarse: todos los años centenares de miles de personas, esquivando la vigilancia de los buques europeos, desembarcaran en las playas de las costas meridionales del país a bordo de lanchas a motor y de pesqueros cada vez más destartalados para acabar aprisionados en el sur de Italia, ya que los países del norte se negaban a recibirlos. Sometida a su influjo, Nápoles se había convertido en una ciudad profundamente multiétnica, donde los grupos de nativos y emigrantes se enfrentaban con frecuencia por el control de un territorio cada día más precario y empobrecido.

Era difícil vivir allí, aún más difícil que antes. Sin embargo, Leila y Livio, resueltos y centrados en sus estudios y su afecto, salieron adelante y acabaron la carrera con pocos meses de diferencia. Luego tuvieron que separarse por primera vez: él fue a especializarse en neurociencia a la Escuela Internacional de Estudios Avanzados de Trieste, ella obtuvo una beca para hacer el doctorado sobre «dimensiones extra» que la obligó a pasar largos periodos en el CERN de Ginebra. Siempre que podían, los fines de semana, se encontraban en Milán, a medio camino, pese a que muchas veces no tenían dinero ni para un hotelito. Entonces paseaban cogidos de la mano por el centro y luego, antes de subirse de nuevo al tren, se metían en un bar para protegerse del frío o, en verano, para disfrutar del alivio de un poco de aire acondicionado. Al menos, antes de que lo prohibieran.

Pero también aquellos tres años pasaron y mientras tanto ellos se habían convertido en dos estudiosos prometedores. Publicaron varios artículos muy apreciados y conocieron a colegas de todo el mundo. Se las ingeniaron tan bien que consiguieron para los dos una beca de posdoctorado en Stanford; él

para el Neurosciences Institute; ella para el Departamento de Física. La universidad pagaba incluso sus costosos billetes de avión. Baasim fue el único que no se lo tomó bien. Como si la posible separación de su hija hubiera quitado el tapón que él mismo había puesto a su pensamiento desde que llegó a Occidente, se opuso a toda costa a su convivencia en pecado y al viaje a la patria de Satán. Pero Leila se mantuvo en sus trece. El mes anterior a la partida se fue a vivir con los padres de Livio y rompió con el suyo. Cuando aterrizaron en el nuevo aeropuerto internacional de San Francisco, recién inaugurado, era el 7 de septiembre del año 2038.

LA SOMBRA DEL carro caía sobre ellos como un chaparrón de frescura. Para Livio y Marta, que no pertenecían a los equipos encargados del agua, se trataba de un día más o menos descansado. Livio había dado clase por la mañana, al volver de su negociación con los suizos, y Marta ya había terminado su turno en la recolección. Se encontraron en la cola de la comida y luego se pusieron de cuclillas detrás del carro de los entoldados, mirando la ladera espectral que se hundía entre las montañas que la rodeaban.

—Usted siempre estaba en la cuarta o quinta fila a la derecha, ¿verdad? —El día anterior, caminando, Livio se había acordado de repente de aquella estudiante inquieta de los rizos que muchos años antes había asistido a sus lecciones de neurobiología—. Tomaba apuntes con mucha meticulosidad y solía hacer preguntas nada superficiales... Pero luego, a mitad de curso, de repente no se la vio más, desapareció.

Asintiendo, Marta se abrazó las piernas y apoyó el mentón en las rodillas.

—Una idiotez. Un hombre, hermoso como un sol, eso sí. Pertenecía a aquellas sectas cristianas de los orígenes, ¿se acuerda? Insistió tanto que acabé imaginando que era también mi camino, así que lo seguí. Dos años en el desierto de Atacama y tres en un pueblecito boliviano olvidado de Dios y de los hombres predicando el amor al prójimo. Hasta que no pude más y lo planté. Regresé a Europa. Solicité un procedimiento rápido de embarazo programado con donante desconocido, quise, como casi todas, que fuera niña y ahora aquí me tiene, con Sara...

Livio sacudió la cabeza.

—Lástima... —murmuró, mirando a lo lejos el punto exacto en que la tierra desaparecía en la vibración del aire. Ella se volvió de repente.

—¿Lástima de qué?

—De que no continuara usted los estudios... —explicó Livio, aunque enseguida dio un resoplido y manoteó en el aire como para liberarse de una mosca, de la frase pronunciada, de sus propios pensamientos—. No, no, disculpe. Tiene razón. ¿De qué le habría servido?

—Claro, no me habría servido de nada.

Miraron a su alrededor. Delante tenían el paisaje espectral del lago desaparecido; junto a ellos, miles de personas con un destino desconocido, polvorientas, cansadas, hambrientas, atormentadas por la sed y las moscas, que luchaban por un poco de vida o por cualquier cosa que se le pareciera.

—Es absurdo —dijo Livio, volviendo a sacudir la cabeza—. Estamos aquí, hablando en medio de este desbarajuste,

tratándonos de usted como si todo esto no hubiera ocurrido, como si...

Marta asintió, sonriendo, y apoyó también la espalda en el carro.

—De acuerdo, entonces tuteémonos. ¿Sabes una cosa? Todavía recuerdo muy bien tus clases, cuando nos decías que el cerebro no registra fielmente la realidad, sino que la reconstruye y en cierta forma la crea... Decías que existe en efecto algo fuera de nosotros, pero que su estructura está construida por las neuronas, que la elaboran a partir de las percepciones y luego nos la cuentan a su modo... Así que a veces espero que todo esto —Marta adelantó la barbilla para indicar el entorno— no sea la auténtica realidad, sino una construcción nuestra, una historia que nos hemos inventado, una pesadilla...

—Por desgracia, hay algo ahí fuera que existe de verdad —dijo Livio, con una mirada dulce teñida de tristeza, repescada de algún pantano remoto de la memoria—. Nosotros le damos colores y sabores que en realidad no existen, lo reelaboramos en un espacio tridimensional, que casi con toda seguridad es solo una ilusión, y dentro de un tiempo que transcurre inexorablemente del pasado al futuro, con toda probabilidad irreal también. Sin embargo, es para nosotros la única forma de comprender el mundo exterior, porque la evolución nos ha formado así y no de otro modo... Quizá ese algo no es como nosotros nos lo representamos, pero, en definitiva, existe, y me temo que, al menos en las consecuencias, es bastante parecido a lo que estamos viendo...

—Mamá, hace una hora que te busco... —De pronto había aparecido delante de ellos una Sara irritada, o, mejor dicho, asustada—. Las guías nos han convocado para un informe.